

CORREO de la TARDE
Buenos Aires

Odeon

Intrascendente Plauto
Admirable Della Porta



Los Altibajos del Teatro Estable de Turín

SI TUVIERA QUE ELEGIRSE un espectáculo para definir las características —las virtudes y los defectos— del Teatro Estable de la Ciudad de Turín, que viene actuando en el Odeón, ese podría muy bien ser el ofrecido por el conjunto el jueves. Se reunieron en el mismo dos obras en un acto que, aunque separadas en el tiempo por quince siglos, conforman en líneas generales una unidad de estilo. Pero "Miles Gloriosus", de Plauto, y "L'Olimpia", de Della Porta, fueron verdidas con diferentes predisposiciones y con resultados estéticos encontrados. La primera, original del "mayor poeta cómico de la Roma Antigua", tuvo una escenificación rutinaria y sin la perspectiva que imponen necesariamente los 2.000 años que transcurrieron desde que fue escrita. En cambio "L'Olimpia", supo de una recreación con la que el director Giovanni Poli y los actores lograron acercar, hasta hacer tangibles, imágenes tan distanciadas.

Peró ya no llaman la atención semejantes irregularidades. Porque por entonces —y recordémoslo someramente— el elenco turinés ya habfa pasado por los menguados aciertos de "La Giustizia", de Dessi —obra con insuficiencias no tanto conceptuales como estructurales—; por la emergencia salificada de "Bertoldo a Corte", de Dursi en la que texto e interpretación se conjugaron armónicamente; y por la soporífera experiencia del "Antonello Capobrigante" de Ghigo de Chiara, folletín rudimentario que no ahorró al público todos los anacronismos imaginables. En el espectáculo que comentamos esos altibajos se manifestaron de manera perfecta.

La pieza de Tito Maccio Plauto, traducida y compendiada por Poli, integra el núcleo de veintuna obras consideradas auténticas, según la recopilación de Varrón. En ese grupo, junto a "Anfitrión", "Cásina", "Las Bacantes" y "La Aulularia", figura el "Miles Gloriosus", que ya en su título de intención peyorativa —"El soldado fanfarrón"— denuncia su índole. Y, en verdad, es una crítica punzante de las costumbres de su tiempo y de la fatuidad de un soldado, en medio de los consabidos enredos, mistificaciones, tundas propinadas por coqueter, damiselas de dudosa moralidad y criados de aguda sapiencia. Pero fue puesta en escena con un elementalismo pauperizador y con un ritmo forzado más por el despliegue físico que por la íntima convicción satírica. No hubo tampoco actuaciones de mérito. A ratos, Franco Passatore, en el tamaño Paestrione; por momentos Alessandro Espósito, en el Lucrione; y Franca Tamantini, en la sensual Filocomasia, estuvieron en el intencionado clima requerido. Gastone Bartolucci defecionó en el soldado Pírgopolinice, tan pagado de sí y tan ridículo, y Gianni Manessi hizo insoportable al criado Scelendo con su voz en invariable falsete. Y tras el intervalo, lo inesperado.

Giovan Battista della Porta fue un napolitano tan extraño como múltiple. Un poco científico, un poco mago, otro poco traductor de Plauto y autor él mismo, supo de grandes sucesos populares con sus obras hacia fines del siglo XVI. Hasta que un manto de silencio las cubrió. A Benedetto Croce le correspondió, en nuestra centuria, resucitar a Della Porta junto con Giordano Bruno. Y ya en los últimos años "I due fratelli", "La Cintia" y "L'Olimpia" supieron de nuevas representaciones en Italia. La intriga, la casualidad, las soluciones repentinas e insospechadas, sirven de fundamento a todas ellas. Inspirado, sin duda, en el clásico plautino, Della Porta intentó, sin embargo, nuevas posibilidades escénicas, anticipándose a las reformas de la "Commedia dell'Arte".

En "L'Olimpia" —y he aquí lo inesperado— el director Giovanni Poli acertó de lleno. Ritmo sostenido, brillante juego mimico, comunicativa alegría en los comediantes y agilidad y frescura, fueron expuestas con generosidad, divirtiéndolo auténticamente al público. Todos los actores cumplieron magníficamente, aunque el "Mástica", de Pietro Buttarelli, y el "Squadra" de Alessandro Espósito, fueron dos creaciones excepcionales. Los dos poseen físicos privilegiados, capaces de expresarse prescindiendo de las palabras. Buttarelli hizo de sus saltos y contorsiones un elemento plástico invaluable y de su máscara un dechado de gracia. Espósito logró, con su capacidad mimica, síntesis expresivas dignas de los mayores elogios. Por su parte, Franco Parenti encarnó al capitán Trasilogo, el risible enamorado, con variados matices. Pero en rigor de verdad, también el resto —Carla Parmeggiani, Ginna Sammarco, Anna María Cini, Renzo Giovampetro, Giulio Oppi y Franco Passatore— colaboró para alcanzar una inmejorable calidad. Las escenografías y el vestuario de Eugenio Gugliemmetti fueron un valioso aporte en las dos partes del espectáculo.

Kive Staff